

El tardío advenimiento de un solo hombre era la restauracion de todo un pueblo. La mano de la jóven sultana, extendiéndose al azar sobre tantas cabezas, habia por fin caido sobre el predestinado del imperio.

---

LIBRO VIGÉSIMO SEPTIMO

I

No se debe despreciar demasiado á los hombres que son por lo regular capaces, pero desgraciados, hasta el punto de no poder con todos sus esfuerzos evitar la decadencia de las naciones, ni tampoco alabar con exceso á los que las realzan. Independientemente del mérito, el destino tiene mucho influjo en la fortuna próspera ó adversa de los hombres de Estado. Hay en el curso de las cosas humanas horas fatales en que es impotente el heroísmo, el talento, la virtud misma, horas desgraciadas para los que viven y los que rei-

nan bajo su funesto influjo. Hay otras por el contrario en que estas desventuradas circunstancias parecen por decirlo así, agotadas, en que el exceso del mal, el cansancio de la anarquía, el miedo ó la vergüenza de la ruina comun, la reaccion del orden, ese equilibrio de las sociedades y de las coincidencias del espíritu público, y de acontecimientos favorables, hacen todo fácil porque lo mas difícil es en tales casos posible. El mal tiene su último grado, como el bien tiene su apogeo. En llegando á la cima de este, los pueblos bajan; precipitados al fondo del mal, vuelven á subir; tal es la ley de nuestra naturaleza, débil para el crimen como para la virtud.

La Turquía estaba en uno de esos momentos en que el rubor de sí mismo se apodera de un pueblo, y su desesperada situacion le vuelve la energía y la voluntad necesaria para salvarse. Todo el mérito de Kœprilu, este Richelieu de los otomanos, consistió en haber tenido fé en este estado de arrepentimiento de su nacion, su suerte fué ser llamado á gobernar justamente en el momento en que la Turquía deseaba ser gobernada. Un año ántes hubiera perecido en la ruina general de los hombres y de las cosas; un año despues ya no hubiera tenido un imperio que salvar. Las fechas, que son la oportunidad de las cosas, no se toman bastantemente en cuenta en la apreciacion

que los historiadores filósofos hacen de los hombres de Estado. Los años en que aparecen son uno de los principales elementos de la justicia ó de la injusticia que se atribuye á su nombre. Dios se ha reservado mas parte que la que se cree en las glorias políticas; el que viene ántes que la Providencia lo llama es una calamidad; el que llega á tiempo es un grande hombre. Tal fué Kœprilu, llamado por los historiadores occidentales Koproli y mas generalmente Kiuperli.

Nada hasta estos últimos tiempos lo habia indicado para el poder supremo, y su vejez, que avanzaba con sus setenta y dos años de edad, parecia mas bien que lo echaba de la escena activa de los negocios de Estado, en donde habia llenado hasta entónces papeles honrosos, pero siempre ingratos.

## II

Se decia que su familia era originaria de Francia; pero nada confirma ni desmiente esta asercion. Esta familia, hasta entónces oscura, habia podido flotar, como otras muchas que salen de su país por el movimiento de las religiones y de las razas, de la costa de

Francia á la del Adriático, y haberse nacionalizado en Albania. El padre albanes de Kiuperli habia trasladado su casa y sus bienes á uno de los fértiles valles del Asia Menor, no léjos de Amasia. El pueblo de que tomó nombre ó al que le dió el suyo se llamaba Kœpri (el Puente); hoy se llama *Visir Kœpri*, ó Puente de los Visires, en memoria de los tres grandes hombres de Estado que salieron de aquella aldea para gloria del imperio. Situado al pié de una elevada montaña, en la confluencia de los dos pequeños torrentes tributarios del rio Halys, afluente del mar Negro, es famosa por sus aguas, sus cebadas, sus peras, sus manzanas, sus uvas, sus cerezas y los vellones de sus ovejas. Llevando desde muy jóven por el mar Negro estos productos al mercado de Constantinopla, Kiuperli, relacionado con los proveedores del palacio, entró de ayudante de cocina y llegó á ser despues jefe de todas las del serrallo. Aunque illiterato como un pastor de Albania, su inteligencia y su zelo llamaron la atencion del gran visir Kara-Mustafá, compatriota suyo, el cual lo sacó de las cocinas, lo colocó en el ejército y allí subió de grado en grado á la dignidad de *mirakhor* ó caballero mayor.

Las vicisitudes de aquellos tiempos agitados lo habian alejado casi siempre de la córte; siendo gobernador ya de Jerusalén, de Damasco ó de Trípoli,

siempre irrepreensible y considerado en sus funciones diversas, dando de sí alta idea á los bajás que atravesaban por sus provincias, temido por los facciosos, querido de los pueblos, y formándose una clientela unánime de estimacion y de amistad, que no causaba recelos á ninguna ambicion superior; así fué como llegó á la vejez sin brillar, pero sin sombra: era uno de esos hombres en quienes se descubre el genio cuando está próximo á su ocaso. Mohammed, el *del cuello torcido*, lo habia separado de Damasco y enviado al gobierno inferior de Gustendjil, cuando habia comenzado á pronunciarse su nombre en el serrallo. Kiuperli, ofendido con este destierro inmerecido, habia diferido su partida, contemplando desde el rincón en que se ocultaba, la anarquía y la ruina del imperio.

Su elevacion sorprendió y escandalizó á los numerosos pretendientes del poder, que apénas conocian su nombre. Los ulemas decian: « Es un ignorante que no sabe leer ni escribir. » Los militares decian: « Es un administrador civil que no entiende nada de guerra, y que se ha dejado vencer por el rebelde Wardar-bajá. » Los hacendistas decian: « Es un hombre pobre que no podrá remediar la penuria del tesoro. »

Todos decian: « Es un viejo que ha perdido con

« los años el calor de la sangre que da energía á la  
 « voluntad del hombre; y quien sube tan tarde y tan  
 « arriba no tardará á bajar al sepulcro, única cosa en  
 « que debia pensar.

### III

Los primeros actos de Kiuperli no tardaron en desmentir estos presagios de la envidia y de la ignorancia. Desde el primer día renunció al ruinoso sistema de las concusiones que hacia ocultar las riquezas, y dió circulacion al oro volviendo la confianza á los propietarios. Se negó enérgicamente á entregar al sultan la cabeza y los bienes de su predecesor Mohammed, *el cuello torcido*, que los cortesanos querian matar para despojarlo.

Una sedicion religiosa de los ortodoxos musulmanes contra los dervises y los sophis, adversarios suyos, que trajo revuelta en la capital algunos dias despues de su elevacion al poder, lo obligó á embarcar para la isla de Chipre á todos los fanáticos intolerantes que agitaban las mezquitas en nombre de sus visiones místicas. Un fraile mendicante, llamado Turk á causa de su salvaje austeridad, que ocultaba los deleites

mas sensuales bajo el manto hipócrita del ascetismo, predicaba á los musulmanes la desnudez del bruto, queria proscribir el uso de los pantalones anchos, los peines, las cucharas, como instrumentos inútiles para el hombre, á quien Dios habia dotado de dedos; la plata, las artes, las telas, la música, el baile eran del mismo modo objeto de su crítica y de sus maldiciones contra el lujo. Este insensato hacia resonar con cinismo las invectivas filosóficas de Juan Jacobo Rousseau contra el estado de civilizacion: « pero una vez  
 « santificado el hombre, » añadia, profesando igualmente el principio de la impecabilidad de los quietistas cristianos del siglo XVII, « puede entregarse en  
 « secreto á todos los deleites sensuales. »

Kiuperli lo relegó al olvido en vez de popularizarlo con el martirio; destituyó al muftí que habia consentido por debilidad las persecuciones de la secta de los ortodoxos, contra la de los sophis, puritanos del islamismo. Asaltado á pedradas el defferdar por los genízaros el día de la paga: « Ten paciencia como yo, » le dijo, « hasta que la paciencia nos dé la fuerza, y  
 « ház reponer en tus ventanas los vidrios que el tu-  
 « multo te ha roto: el día de la reparacion llegará. »

La contempORIZACION, política de los viejos, gastó lo que la fuerza no podia todavía dominar. La sedicion dejó de ser popular, detrás del visir los faccio-

solos comenzaban á sentir la opinion , que es en todas partes el visir supremo.

## IV

Los embajadores de Persia trajeron prendas de paz; el emperador de Alemania, Leopoldo I solicitó la renovacion de la tregua; el rey Gustavo de Suecia pidió auxilios á Kiuperli contra los rusos. Prometióslos á este príncipe, á condicion que se reconciliase con los polacos , enemigos naturales de los rusos. Por su parte, los polacos le denunciaron una conspiracion rusa que tenia por objeto sublevar á todos los súbditos del sultan que profesaban la religion griega; el visir conoció la poca gravedad de tal levantamiento en aquella época, en que el imperio contaba cinco musulmanes armados por cada griego inerme. Se negó á secundar la guerra impolítica que querian hacer los polacos en el Norte, cuando llamaba su atencion y exijia el envio de todas sus fuerzas la que sostenia el imperio contra Venecia. Aunque el espíritu católico y caballeresco de la nobleza francesa, violentase la política de Luis XIV yendo individualmente á pelear y á morir como voluntarios en Can-

dia, no le costó mucho el contener esta potencia en la alianza tradicional de Francisco I, por temor al ascendiente que la decadencia de la Turquía daria al Austria, eterna rival de Francia.

## V

Los demagogos turcos del *Plátano*, habiendo renovado sus conciliábulos para recobrar por el terror el ascendiente que habian ejercido durante aquellas jornadas de matanzas, *verdaderas jornadas de setiembre de la Turquía* (1), el visir se dirigió á casa del muftí y le pidió un fetwa para legitimar de antemano todos los actos de la administracion: — « ¿para que eso? » le preguntó el muftí sorprendido, — « para estar seguro de vuestra fidelidad, » respondió Kiuperli, « á fin de que si los enemigos « llegasen á seduciros ó intimidaros como á vuestros « predecesores, ese escrito atestiguase al sultan y á « la posteridad que hemos obrado de acuerdo por la « salud del imperio. »

El mufti, ligado á su amigo por esta solidaridad, le dió con confianza el fetwa, que contenia la des-

(1) El autor alude á las matanzas que tuvieron lugar en Paris en el año 1792.

truccion de los spahis, autores de todas las revueltas. A caballo á la cabeza de los genizaros, que habia separado de sus antiguos cómplices, Kiuperli cercó sus cuarteles con tropas y cañones. Al alba, todas las corporaciones del estado, convocadas por órden suya en el serrallo, recibieron del sultan invisible un kattischerif concebido en estos términos: « Desde mi advenimiento al trono, no han cesado los spahis de desobedecer, de burlarse del respeto que me deben, y del honor del imperio; por consiguiente hemos encargado á nuestro gran visir que los aniquile, y mandamos á los buenos que ayuden á mi visir contra los perversos. Los jefes de los rebeldes deben ser cogidos y muertos. »

Las medidas estaban tomadas, las listas hechas, los culpables designados, el fetwa sancionaba todo; los jefes prendidos por el gran visir y el aga de los genizaros en su ronda nocturna, estaban en poder de los verdugos. Sesenta cabezas de jefes de faccion, entre ellas las del kiaya de los djebeldis, Khalil-aga, del mayordomo mayor Khasseki, Mustafá-aga, rodaron ante la ventana enrejada del serrallo, en donde el sultan habia sufrido dos años ántes la sanguinaria exigencia de los facciosos que le pidieron los cadáveres de su preceptor y de sus eunucos. La debilidad de su infancia y los ultrajes fueron lavados de esta

suerte en el mismo sitio en que los culpables lo habian humillado. Su autoridad renació y se vengó en el lugar en que habia perecido. El oscuro y tímido Kiuperli apareció á los musulmanes como el fantasma armado de la justicia, ejecutor de la venganza de Dios.

El antiguo gran visir Siawusch-bajá, contando con el apoyo del haren, y manchado con la memoria de viejas facciones, habia diferido el ejecutar la órden de destierro que habia recibido, y Kiuperli pidió su muerte para que sirviera de escarmiento á los culpables oscuros. El sultan se la negó por inspiracion de su madre. — « Tomad pues el sello, » le dijo el inflexible ministro, « puesto que, apesar de los compromisos que habeis contraido con vuestro esclavo, no ratificais todo lo que él juzga necesario á vuestra salvacion. » « Mi lala, » respondió Mahomet IV, haz « lo que quieras; te abandono las cabezas de todos los que contraríen tus designios. » La amenaza bastó para alejar á Siawusch.

## VI

Con el órden restablecido dentro, reforzó la flota y el ejército, halló en su voluntad el vigor marcial de

su juventud, y avanzó él mismo por tierra á la cabeza de las tropas por la orilla europea de los Dardanelos, con el objeto de levantar su bloqueo, mientras navegaba la escuadra protegiendo al ejército. Habiendo flaqueado los genízaros embarcados al primer choque con los buques venecianos, Kiuperli mandó disparar contra ellos algunos cañones de la costa y los obligó á volverse á embarcar. El navío almirante de Moenigo, general de los venecianos, voló hecho astillas por una bala roja que penetró en el polvorin, disparada del castillo de los Dardanelos. Esta explosion incendió las doscientas galeras de los venecianos. Una espesa humareda, que encerraba en el canal el viento del Sud, ocultó por espacio de dos horas el misterio de aquella lucha entre los hombres, los navíos, el fuego, los vientos y las olas. La escuadra otomana había perecido con la de los venecianos. Los Dardanelos no eran mas que un vasto cementerio de buques, cuyos esqueletos humeaban todavía. Pero el mar del Archipiélago y de Creta quedaba expedito para los otomanos.

« ¡ Ven, halcon mio, » exclamó el sultan recibiendo á su vuelta al artillero Kara-Mohammed que había apuntado el cañon contra el navío almirante, « y que el pan del padischah sea siempre tu legítimo alimento ! ¡ Que Dios recompense los valientes como

« tú ! » Le besó los ojos, puso con sus propias manos dos piochas de pedrería en su turbante, y se quitó su caftan para ponerselo á él.

Kiuperli no ocultó la cobardía de los genízaros, aunque tenia interés en contemplarlos por el apoyo que le habian prestado contra los spahis; disimular las faltas de sus soldados le parecia tan impolítico como corromperlos. Su kiaya y siete de sus coroneles que habian arrastrado á los soldados á la fuga fueron decapitados detrás de su tienda, y sus cuerpos arrojados al mar. El capitan-bajá, temiendo su venganza, se refugió con algunos buques en la costa de Africa. Kiuperli lo tranquilizó con cartas indulgentes. Una nueva escuadra, rápidamente equipada por sus órdenes, trasportó al visir y al ejército á Tenedos. La isla cayó pronto en su poder, y Lemnos siguió la suerte de Tenedos.

## VII

Kiuperli envió de Lemnos al sultan la invitacion de trasportar su córte á Andrinópolis, temiendo que en su ausencia lo asediasen las intrigas de los ambi-

ciosos y las sediciones del pueblo. La pasion de Mahomet IV por la caza sirvió de pretexto á este cambio de córte. Desde su mas tierna edad, se despertó en el ánimo de Mahomet esta pasion que debia ocupar toda su vida. Un pichon que habia atravesado con una flecha á la edad de ocho años, en el valle de las *Aguas dulces*, habia sido cantado por los poetas de la capital, como una hazaña digna de sus antepasados. Este sultan no soñó jamás en otra gloria.

En 1658, una expedicion contra Rakoczy, príncipe de Transilvania, alejó de nuevo á Kiuperli de Andriópolis durante el invierno. Aliado del hetman de los cosacos, que le daba sesenta mil caballos, Rakoczy, atacado por una parte por el gran visir, de la otra por doscientos mil ginetes tártaros que inundaron sus provincias, dejó cien mil muertos en sus campos de batalla, y se refugió con los restos de su ejército detrás del Theiss. Los jóvenes que cayeron prisioneros fueron reducidos á la esclavitud por los tártaros de Crimea. Baresay fué investido por la Puerta con la soberanía de la Transilvania, con la obligacion de pagar un tributo anual de cuarenta mil ducados.

## VIII

Una sedicion, provocada por Abaza-Hassan en el Asia Menor, llamó otra vez á Kiuperli á las armas. Este rebelde compañero de Ipschyr habia salido de Scutari, segun se ha visto, con unos pocos *levends* turcomanos, despues de la muerte de este visir. La destruccion de los spahis le habia servido de pretexto para sublevar de nuevo á los turcomanos, y marchar con cien mil caballos sobre Brussa, de allí envió al sultan una diputacion encargada de pedir la destitucion de Kiuperli, el exterminador de los spahis.

« No depondré á mi fiel visir, » contestó Mahomet IV, « que no ha hecho mas que ejecutar mis órdenes. » Y se fué con Kiuperli á Scutari para combatir contra Abaza. Tres bajás y mil trescientos spahis del ejército del sultan, cuya inteligencia con los rebeldes fué descubierta, fueron pasados á cuchillo por órden del gran visir.

Su teniente Murteza-bajá, á la cabeza de cincuenta mil genizaros, perdió ocho mil hombres en su pri-



mera batalla contra Abaza. El gran visir lo reforzó, sin echarle en cara su derrota, y rechazó al enemigo hasta el Eufrates. Bajo los muros de Alepo se establecieron negociaciones pérfidas entre los dos generales. Murteza persuadió al crédulo turcomano que si se retiraba de la ciudad y abandonaba las ciudadelas de Alepo, sería fácil de obtener su perdón de Kiuperli. Abaza se retiró y Murteza ocupó la ciudad. Una tregua reinó entre los dos campamentos. Bajo el pretexto de una fiesta de reconciliación, Murteza invitó á Hassan á entrar en Alepo con una escolta de caballería. Los habitantes de Alepo, que dieron alojamiento á esta escolta, tenían orden de matar cada uno á su alojado al oír un cañonazo tirado del castillo.

Al acabar la cena ofrecida por Murteza-bajá á Abaza: « Dad, » dijo á los pajes, « dad á los bajás, nuestros « hermanos el agua para las abluciones de la oración « de la noche. » En vez de agua, los satélites apostados por Murteza derramaron la sangre de los convidados. Abaza y treinta de sus generales cayeron bajo el puñal de los asesinos. El cañonazo anunció su último suspiro á los huéspedes de los ginetes turcomanos de su guardia; cada uno trajo una cabeza á Murteza. Así pereció la revuelta por la traición, triste vicisitud de los gobiernos despóticos.

## IX

El héroe casi fabuloso del siglo, el conquistador de Creta, Deli-Hussein, llamado de Candia en donde había vertido su sangre por espacio de tantos años en defensa de la fé, fué sacrificado, no á la seguridad del imperio sino á los celos de Kiuperli. Deli-Hussein se había elevado por sus hazañas, y era incapáz de un crimen.

Nacido en Ienischyr de un simple leñador del valle, había entrado en el serrallo como baltadji, cuando era niño, en tiempo de Amurat IV. Habiendo dado el embajador de Persia al sultán un arco que los más vigorosos atletas de la capital no habían podido tender, Deli-Hussein, que llevaba á la sazón leña al cuarto del kishlar-aga, halló por casualidad suspendido el arco en la pared. Solo en el cuarto ensayó en él sus fuerzas y llegó á doblarlo jugando, y á atar la cuerda á los extremos; luego, como oyese los pasos del jefe de los eunucos, y temiese ser sorprendido, se evadió dejando el arco tendido en la habitación.

Cuando volvió el kishlar-aga, se sorprendió de ver

el arco preparado para recibir la flecha. Interrogóse á Hussein y confesó la culpa cometida, á la que debió su gloria y su fortuna. El sultan Amurat IV, arquero vigoroso, admiró á otro que era mas robusto que él, lo puso á prueba en presencia de su córte, lo llevó á sus cacerías y acabó por nombrarlo caballerizo mayor. Su aficion á la guerra y su suerte hicieron lo demás. El ejército no conocia mas nombre que el suyo. Se recordaba su nombre en la extremada fortuna del imperio : dos veces habia sido designado por gran visir. Kiuperli temia que esta gloria militar eclipsase su influjo político. Por respeto á la opinion, mas bien que por gusto, lo habia nombrado capitán-bajá.

Vagas acusaciones de malversacion de los fondos de la marina sirvieron de pretexto á su ódio. Dió parte de ello al sultan, que llamó á Hussein y lo llenó de injurias. Encerrado en las Siete Torres, Hussein expió allí dos dias despues su gloria, demasiado brillante, con una muerte ingrata. Este es el único crimen de Kiuperli, quizá lo creyó necesario á la seguridad de Mahomet IV, á quien las facciones militares, que buscaban un jefe, hubieran impuesto pronto por medio de Hussein la servidumbre de que habia él libertado al imperio; tal vez lo sacrificó á la necesidad de destruir al rival de su grandeza en la opinion

pública. La conciencia y la política se mezclan de tal modo en el alma de un hombre de estado en un gobierno despótico, que los historiadores atribuyen algunas veces á crimen lo que es deber, y á deber lo que es crimen.

## X

El poeta Abdi, mas tarde historiador de su siglo, fué nombrado gobernador de la Arabia marítima, en donde los revoltosos habian propagado la agitacion. Ali-bajá, teniente de Kiuperli limpió la Siria de todos los jefes drusos que se movian de nuevo en sus montañas.

Sobre el Danubio, Michné, griego de nacimiento, que se habia hecho coronar por los frailes como archiduque de Valaquia, sublevaba sus provincias contra los turcos. Un ejército de tártaros, de polacos y de cosacos aliados del imperio lo derrotó en Jassy, mató quince mil partidarios suyos en una batalla que duró tres dias, y lo forzó á reunirse con Rakoczy, para defender la causa de este rebelde.

El asilo que el Austria concedió al ambicioso Rakoczy sirvió de motivo entre Kiuperli y el embaja-

dor austriaco á quejas y recriminaciones que debian parar en una declaracion de guerra. El respeto de la tregua habia honrado hasta entónces á la diplomacia otomana. Las excursiones de Rakoczy por las provincias austriacas habian sido reprobadas y aun reprimidas por la Puerta. Esta fué una de las causas de la insurreccion de los transilvanios contra los turcos. Los generales alemanes se aprovecharon de ella para tomar posesion de las plazas y castillos de Hungría en nombre del príncipe vencido y desposeido. Indignado el bajá de Ofen marchó á su vez contra la fortaleza de Grosswardein, ocupada por los imperiales. Hussein-bajá tomó la plaza que se creia inexpugnable: « Sus murallas son tan altas, » dice el historiógrafo otomano, testigo de este sitio, « que un ave no podria llegar á su cima, y sus fosos tan anchos, que el mismo pensamiento vacila en atravesarlos. »

Los rusos se aprovecharon de esta diversion de los alemanes para excitar á los cosacos del Dniester á unirse á ellos contra los tártaros. El khan de estos, informado de estas insinuaciones, levantó cuarenta mil caballos para anticiparse á los rusos. Su general Firasch-Beg, derrotó su vanguardia en las márgenes del Arel. Setenta mil rusos se acercaban para vengar esta derrota, Mohammed-Gherai, khan de los tártaros,

ros, los envolvió con un torbellino de ginetes tártaros y cosacos, á la sazón aliados suyos; treinta mil rusos quedaron en el campo de batalla; otros treinta mil fueron reducidos á la esclavitud y conducidos á Crimea.

Los polacos enviaron embajadores á felicitar á la Puerta por esta victoria alcanzada contra su comun enemigo. Los rusos los enviaron tambien para quejarse de la agresion de los tártaros. Kiuperli contemporizó en sus respuestas. Los síntomas de la guerra próxima contra el Austria le impedian dividir las fuerzas otomanas. Mandó venir de Ofen á Sidi-Ahmed-bajá, uno de los antiguos rebeldes cuyo castigo habia diferido, y ordenó al seraskier de Hungría, Ali-bajá, que le enviase su cabeza. Atraído Sidi-Ahmed á la tienda del seraskier, recibió cinco balas en el cuerpo, disparadas por los chiaux. Apesar de sus heridas se abrió paso con el sable en la mano, y montando á caballo, iba á escapar de las manos de sus asesinos, cuando los chiaux cortaron las piernas á su caballo. Sidi-Ahmed vió, al volver la vista que le apuntaba á la cabeza uno de sus criados: « ¡Traidor! ¡malvado! » gritó, y envolviéndose en su manto para no presenciar tanta ingratitud, aguardó como César, inmóvil, á que lo acabaran á pedradas junto á la tienda del seraskier.